

## Las dos serpientes del colonialismo y la política

**"Gandhi". Dirección: Richard Attenborough. Guión: John Bailey. Música: Ravi Shankar. Intérpretes: Ben Kingsley, Martin Sheen, John Gielgud, Ian Bannen, Ian Charleson, Candice Bergen, John Mills, Edward Fox, Trevor Howard, Roshan Seth.**

El joven abogado indio recién llegado de Sudáfrica viaja en un tren. Es el año 1899, y el joven Gandhi va leyendo un libro de autor inglés cristiano —¿tal vez fuera *Unto this last*, de John Ruskin, según cuenta el propio Gandhi en su autobiografía?. Durante el viaje sufrirá en carne propia el oprobio de ser tratado como un hombre inferior por el color de su piel, sin que el proclamado cristianismo de los ingleses sea siquiera tomado en cuenta en esa mala hora. Mala hora que, a la postre, se convertirá en la buena hora del inicio de una rebelión.

Con esa escena, la película *Gandhi* de Richard Attenborough ilustra los orígenes de la lucha gandhiana por la dignidad y la libertad. Sin embargo, los fundamentos de ese gigante del siglo XX procedían de fuentes éticas y religiosas más elevadas que la sola experiencia subjetiva. Es que al ir Gandhi sumergiéndose más y más en el conocimiento de los marginados a cuya patria pertenecía —primero en la colonia sudafricana, luego en la gran colonia: la India— las motivaciones personales se fueron confundiendo con las de un pueblo inmenso necesitado de conducción. "Y al desembarcar, vio mucha gente, sintió compasión de ellos, pues estaban como ovejas que no tienen pastor" (Marcos 6,34).

La enorme epopeya de la India moderna, centralizada en la figura de Mohandas K. Gandhi, es desenvuelta cinematográficamente por Attenborough con adecuada óptica. Desde un comienzo, el director declara las limitaciones de las que es conciente al encarar un proyecto tan ambicioso. Y el resultado de su enfoque es, en suma, exitoso. Tal vez pueda señalarse como equívocos algunos resultados en un filme necesariamente sintético, en el que ciertos pasajes adquieren un relieve excesivo y otros, más fundamentales, quedan relegados. Esto vale especialmente para la posición de Gandhi desde la independencia india en adelante, frente a un problema racial —entre hindúes y musulmanes— que parece escaparse de las manos, como confirmando la advertencia hecha anteriormente por un general inglés, de que los indios no serían capaces de gobernarse por sí solos.



Subyace debajo de ese enfoque una valoración de Gandhi como una suerte de idealista poco dotado en realidad para la política. La batalla de Gandhi fue, en primer lugar, aquella que lo debía llevar al equilibrio —siempre difícil— entre el fundamento religioso y la urgente necesidad política. Y su batalla determinará también los distanciamientos entre Gandhi y algunos de sus más estrechos colaboradores.

Rabindranath Tagore —figura riquísima no invocada siquiera por el director de la película— sostuvo una jugosa polémica con Gandhi, al que acusaba de "tirano del espíritu" y de "déspota moral", epítetos que evidencian un trasfondo de debido respeto. A su vez, el Mahatma respondía a Tagore: "Si temo introducirme en la política es porque únicamente la política nos aprieta hoy en sus pliegues como una serpiente. No se le puede soslayar. Quiero luchar con la serpiente... Procuraré introducir la religión en la política".

Un verdadero pragmático como era Vallabhbhai Patel, compañero de Gandhi desde los tempranos días del Partido del Congreso Indio, hacía encarcelar sin más trámite a los cabecillas de las revueltas entre musulmanes hindúes mientras Gandhi se sometía a prolongados ayunos y oraciones. Jawarhalal Nehru, otro líder de la independencia —figura que necesariamente es puesta a salvo de la crítica en un filme parcialmente financiado por sus herederos— también se divorció del espíritu gandhiano en más de un aspecto. Por una parte, Nehru no compartía las creencias religiosas de Gandhi, no hasta el punto de mezclarlas en la acción política. Por la otra, en el discípulo el europeísmo era más marcado que en el maestro; si aquel concebía una India independien-

te aun de la tecnología occidental, para el futuro Primer Ministro el país había de evolucionar en la corriente del modernismo tecnológico europeo, que no excluía la progresiva militarización del país. Y, en fin, la visión económica de Nehru se alejaba —ya lo probarían los planes quinquenales— del ruralismo manufacturero soñado por Gandhi.

Y no es que el venerable Bapu, el "papá" de la India libre, intentara en esta batalla conducir a su pueblo por equívocos caminos de idealismo histórico; bien lo confirma la efectividad de sus métodos de lucha anticonvencional y de honda raigambre religiosa. En ellos confluyen las tradiciones del Bahagavad-Gita, el Ramayana, el jainismo de Mahavira y el Corán, además de esa otra tan conocida y tan poco practicada por nuestro occidente: los Evangelios. Es que la batalla de Gandhi apuntaba a una victoria que el mundo contemporáneo sigue necesitando y reclamando, y que no se reduce a una revolución social, por más esencial que ésta sea, sino que trasciende hacia horizontes de una humildad primera, practicada a escala nacional.

El correcto filme de este director inglés sorprendentemente imparcial en sus aspectos fundamentales, no olvida en una bella escena ejemplificar el carácter de esa lucha interior de su personaje, cuando tras un arrebato de ira de Gandhi su esposa, Kasturba, le dice dulcemente: "Lo que ocurre es que eres solamente un ser humano". Y no resulta fácil aún para nosotros, espectadores de esa gesta de liberación, aceptar, como dijo Albert Einstein a poco de caer Gandhi asesinado por un fanático en 1948, "que uno como éste, de carne y hueso, caminó por esta tierra".

Gabriel Abalos